
CAPITULO VI.

Primeros establecimientos en Nueva España.

Mientras que Motezuma permanecía inactivo, indeciso y temeroso, según acabamos de explicar, Cortés mismo no estaba tampoco en una posición muy favorable. Había aparecido entre los españoles un jérmen de desunion y disgusto y amenazaba acarrear los resultados mas funestos y deplorables. Conocia Cortés todas las dificultades de su situación; á pesar de su incontestable talento, de su imparcialidad, de su valor y de la confianza que habia sabido inspirar á sus soldados, mirábanle los partidarios de Velazquez con cierta envidia, sin cuidarse aun de ocultar sus mismos sentimientos. Habia empleado Cortés desde su partida la mas exquisita vijilancia y todos los recursos de su espíritu para hacer desaparecer los peligros intestinos de que se veia rodea-

do; empero aunque tuviese un numeroso partido de amigos, sin embargo no se sentia bastante fuerte para saber despreciar la opinion de algunos de sus oficiales, que continuaban en mirar á su general como un simple comisionado de Velazquez. Este pensamiento que Cortés no podia destruir, le causaba una grande inquietud y le sujeria graves reflexiones; en efecto desde largo tiempo habia meditado el proyecto de hacerse independiente; su espíritu activo y fogoso, el gran concepto que de su génio se habia formado y sus ardientes inclinaciones, todo, todo contribuia á que sufriese con impaciencia la autoridad de un superior que no poseia ni sus brillantes cualidades, ni sus talentos militares. Sentia vivamente que en la situacion en que se encontraba, se veria contrariado á cada paso en todas sus operaciones á causa de los celos del gobernador y que por consiguiente se veria comprometido en sus empresas. Bien pronto esas reflexiones le determinaron á seguir la inclinacion de su carácter y á realizar el proyecto que su espíritu habia concebido.

Grandes dificultades se presentaban á su ejecucion; era de temer, si no se apresuraba, que no viese destruir en un solo instante todo lo que habia hecho hasta entonces. Hemos indicado ya, como por dos veces se habia librado de las persecuciones de Velazquez, gracias á su prudencia y á su buena fortuna; fácil era que volvieran á renovarse esos peligros y anularan por

consiguiente todos los esfuerzos que empleado habia para granjearse la confianza de sus soldados; porque á pesar de todos sus adelantos, no habia logrado aun atraer á su partido á Diego de Ordaz, á Escobar y á algunos otros favoritos del gobernador. Algunos soldados malcontentos buscaban una ocasion favorable para manifestar que desaprobaban la conducta del general; habian observado que cuando se habia tomado posesion de la isla de Cozumel, no se habia pronunciado el nombre de Velazquez; veian en las órdenes que Cortés espedia, que obraba siempre como si hubiese recibido su comision de manos del rey y no de las del gobernador de Cuba. Altamente ofendió á Ordaz y á su faccion este olvido de las formas ordinarias, porque observaban en ello las secretas intenciones de Cortés y aguardaban por tanto, el momento de que se revelaran. No tardó mucho en llegar ese deseado momento, y el pretexto de que echaron mano, era bastante grave para justificar sus recelos y temores.

Sumidos estaban los soldados en el seno de las mas terribles calamidades, propias para irritar espíritus ya mal dispuestos. Estaba acampado el ejército en un terreno arenoso y rodeado de pantanos, de donde salian miles de mosquitos que incesantemente estaban mortificando con sus picaduras á esos desdichados; algunos caian enfermos por razon del clima, otros no podian curar de sus heridas á causa del calor,

todos en fin se lamentaban de los penosos trabajos á que estaban empleados. Empezaban á faltar ya provisiones, habiáanse echado á perder los panes y el tocino salado; el temor de perecer de hambre preocupaba todos los espíritus; era urgente pues, necesario é indispensable, tomar una determinacion cualquiera. Propuso entonces Cortés apoderarse de Chianhuitzlan y fortificarse allí. Sublevó esta proposicion á los partidarios de Velazquez y dió márgen á que se presentaran en posicion enemiga; decian que adelantarse en el pais era una empresa temeraria y que rayaba á locura, que el pequeño ejército disminuido notablemente por las enfermedades, experimentaria pérdidas de consideracion sin obtener resultado alguno. Mientras esto pasaba, llegó Teutile; era portador de la órden formal que daba Motezuma á los estrangeros, para que abandonaran inmediatamente sus estados. Disponia Cortés su respuesta, cuando de repente oyó resonar la campana de la capilla que en medio del campo se habia construido; valióse inmediatamente de este incidente é hincóse de rodillas, despues de haber señalado á los suyos que le imitasen. Habiendo parecido que causaba grande asombro al embajador este acto de un silencio sepulcral acompañado, doña Marina le esplicó que reconociendo los españoles un Dios soberano y eterno que detestaba á los adoradores de los ídolos y que tenia el poder de destruirlos, se esforzaban en aplacarlos en

favor de Motezuma, contra quien temian, estallase su cólera. En seguida Cortés con un tono muy imponente y severo declaró: «Que el principal motivo de su rey para contraer vínculos de paz y amistad con el emperador de Méjico, era la obligacion en que estaban los pueblos cristianos de oponerse á los errores de la idolatria; que uno de sus mas ardientes deseos era darle las instrucciones necesarias para conducirle al conocimiento de la verdad; que no podia dispensarse de hacer nuevas instancias para obtener una entrevista, en tanta mas razon en cuanto venian para alcanzar la paz, como podia juzgarlo y conocerlo por el solo aspecto de los que le acompañaban, cuyo pequeño número no podia hacer infundir sospechas de otras miras, de otros designios». Cuando estuvo concluido el discurso, Teutile que lo habia escuchado con impaciencia, se despidió bruscamente de Cortés y salió del campo dando ciertas miradas y haciendo ciertos jestos, que daban á comprender toda su sorpresa y resentimiento.

Al dia siguiente, no se presentó ninguno de los indios que acostumbraban á frecuentar el campo y traer provisiones. Habia cesado todo cambio y esperaba Cortés á cada instante ver empezar las hostilidades. Si bien este acontecimiento podia haberse previsto, sin embargo causó entre los españoles una consternacion tal, que sirvió para alentar á los partidarios de Velazquez, no solamente á murmurar y conspirar

contra el general, sino tambien á que uno de entre ellos se encargara de manifestarle la imprudencia que cometia en querer permanecer en tierra y la gran necesidad que habia en volverse á Cuba, para abastecer allí su flota y aumentar sus tropas. Desempeñó esta mision Diego de Ordaz con toda la libertad y la groseria de un soldado, asegurando que él era el eco fiel de los sentimientos que á todos los demas compatriotas animaban. Escuchólo Cortés sin la menor apariencia de emocion; habia previsto ya esta escena y se habia preparado desde largo tiempo á recibirla: porque si Ordaz era esperto en la intriga, en nada le cedian los partidarios de Cortés; estaban unidos á su general con los lazos de la fidelidad y sobre todo de la amistad, Portocarrero, Sandoval, Alvarado, Escalante, Olid y Lugo; defendiendo estos la causa del gefe, sostenian los intereses del amigo. Fácil les habia sido atraer á su partido la mayor parte de los soldados que á Cortés estaban adictos ya por su afabilidad y generosidad. Habian resuelto estos apasionados amigos en muchas reuniones secretas, investir á Cortés de amplias facultades, á fin de que obrara independientemente de Velazquez, y buscaban por tanto soldados que se pronunciaran en favor de ese plan.

Instruido Cortés de estos manejos y de la disposicion de las tropas, desplegó en esta ocasion una admirable destreza; escuchó con calma el arrogante lenguaje de Ordaz, y afectando

acomodarse á las medidas dictadas por el interés general, dió orden á los soldados para que estuvieran dispuestos á embarcarse al dia siguiente. Luego que se supo esta determinacion, viendo los aventureros frustradas sus esperanzas, se lamentaron amargamente y prorrumpieron en amenazas; vino á ser unánime la fermentacion; pidieron todos con empeño ver al general. Cortés no se hizo rogar mucho tiempo; puestos á su presencia manifestaron el asombro y la indignacion que les causaba la orden de la partida; vergonzoso es para los castellanos, decian, desmayarse al primer aspecto del peligro y huir antes de haberse mostrado el enemigo; en cuanto á nosotros, estamos determinados á no abandonar una empresa que hasta ahora tan favorable se ha mostrado y que tiende tan manifiestamente á propagar las luces de la verdadera fe. Dichosos de marchar bajo las ordenes de Cortés, dispuestos estamos á seguirle al través de todos los peligros; pero si quiere volverse á Cuba y ceder vergonzosamente su gloria y sus esperanzas á un envidioso rival, nos elejiremos nosotros mismos al instante, otro general que nos conduzca al camino de la gloria y de la prosperidad.

Admirado Cortés de arrogancia tanta, poco se ofendió del descaro con que espresaban unos sentimientos que el mismo poseia, y con el calor de sus espresiones conoció cuán penetrados estaban de ellos. Afectó sin embargo sorprenderse de lo que acababa de escuchar; declaró

que habia dado la órden del embarco en la persuasion de que tal era el voto general y que en ello sacrificaba su opinion particular; que siempre habia formado el designio de fundar un establecimiento en la costa para penetrar en seguida en el interior del pais; que se habian engañado en persuadirse que sus miras eran diferentes de las suyas, que sentia una indecible satisfaccion al verles de entusiasmo llenos; que esta certidumbre contribuiria á hacerle volver á emprender su primer plan con nuevo ardor y que estaba seguro de conducirles á la victoria y á la fortuna á su valor debidas. Al oír esta declaracion, pobláronse los aires de aplausos y de gritos de alegria; unánime pareció la resolucion, porque los que secretamente la condenaban, viéronse obligados á agregarse á la mayoría, no solo para ocultar su oposicion, si que tambien para no atraerse la nota de infamia.

Sin dejar tiempo á sus soldados para reflexionar, ocupóse pronto Cortés en fundar una colonia, á la cual dió el nombre de *Villa Rica de la Vera Cruz*, reuniendo de este modo los sentimientos religiosos con las esperanzas de la fortuna. Consagróse esta villa el Viernes Santo con las mas solemnes ceremonias de la religion. No tardó mucho Cortés, segun el plan en su espíritu trazado, en proceder á la instalacion de las autoridades de la nueva colonia. Reunió á los oficiales á fin de elegir los magistrados, y tan

bien tomadas fueron estas medidas, que exclusivamente sobre sus partidarios recayeron las elecciones. Fueron los primeros miembros del consejo Portocarrero, Alvarado y Olid, cuyo afecto jamás se habia desmentido. Enviáronse al rey los actos del nombramiento y no se hizo mencion del de Velazquez. Seguro Cortés de sus oficiales y queriendo afianzar el poder del naciente consejo, intentó dar un paso que á primera vista parece arriesgado, pero cuyos motivos nos suministrará la reflexion; ese paso fué el depositar sus poderes en las manos de los majistrados elejidos, á fin de dar el primer ejemplo de sumision á su autoridad; porque sabia cuán respetadas son siempre entre los hombres las formas de la justicia; tenia necesidad de un gobierno fuerte, esperaba que obedeciéndole él, los demas le imitarian. Conocia muy bien que era precaria su elevacion al mando, y que aunque fuese ilegal el nombramiento de la junta, en caso que de ella recibiese una nueva comision, estarian sus soldados mas dispuestos á obedecerle sin dificultad, puesto que en algun modo habrian contribuido á su engrandecimiento. En consecuencia, cuando se reunió la junta por primera vez, pidió Cortés permiso para asistir á la sesion, presentóse á ella con ademan muy respetuoso y grave y recitó un discurso lleno de elocuencia, en el que manifestó algunas cosas muy lisonjeras para los majistrados que entraban en el ejercicio de sus nuevas funciones; prome-

tió someterse enteramente á sus decisiones, considerando su jurisdiccion sobre la colonia, revestida de un carácter tan sagrado como si la hubiesen recibido del rey mismo; dijo que él habia sido agraciado con el mando por el gobernador de Cuba, pero que habiendo despues revocado etse su nombramiento, se podia poner en duda la legalidad de su poder y que temia por consiguiente ejercer una autoridad fundada tan solo en un título controvertido; que estaba dispuesto á abandonar su destino; que serviria con el mismo celo en calidad de simple oficial, probando así á sus compañeros que aunque acostumbrado á mandar, sabia tambien obedecer; en seguida dejó sobre la mesa el título de Diego Velazquez, besó el baston, entrególo al presidente y se retiró.

No tardó mucho Cortés en conocer el resultado de esta accion; no se contentó el consejo en restituirle el gobierno del ejército, sino que le nombró tambien primer majistrado de la colonia, reuniendo de este modo el poder militar y civil del que tanta necesidad tenia igualmente; y á fin de que no pareciese que este nombramiento habia resultado de una cábala secreta, reunieron los miembros de la junta las tropas, para notificarlas la determinacion que acababan de tomar; pero antes de manifestarla, emplearon los partidarios de Cortés todos los medios para obtener los votos de los soldados; ensalzaron el talento militar del general, las victorias

que habia obtenido y las que iba á alcanzar. Dispuestos así, supieron los españoles el nombramiento de Cortés con muestras del mas vivo entusiasmo, y ratificando la eleccion de la junta, juraron obedecer ciegamente á su general. Vió por fin Cortés colmados sus deseos y satisfecha su ambicion; estaba libre de allí en adelante de las trabas que á sus operaciones se habian impuesto; independiente del gobernador, habia sido unánimemente aprobado el poder que le habia concedido el consejo; ningun obstáculo se oponia á que se abandonara á las inspiraciones de su genio, seguro de que seria respetada su persona y enteramente obedecidas sus órdenes.

Tan grande acontecimiento no pudo verificarse sin que se despertaran la indignacion y resentimiento de algunos; si bien se habia disminuido considerablemente el número de los partidarios de Velazquez, los pocos que habian quedado, persistieron en su oposicion; protestaron los gefes contra el decreto del consejo y contra la sancion del ejército, tacharon esos actos de ilegales, de rebeldes y traidores y empezó á fermentar en la colonia un fatal espíritu de discordia. Advertidos estaban Cortés y sus amigos y fijando al instante su atencion sobre los simples soldados que se habian rebelado, no tardaron en hacerles unir con sus compañeros, captándose su voluntad por medio de presentes, manifestándoles la fortuna que les aguardaba y diciéndoles que la mayoria estaba decidida á sos-

tener á Cortés, que por consiguiente su pequeño número no sería un obstáculo para realizar sus designios y por último que se arrepentirian de su obstinacion. Diego de Ordaz, Velazquez de Leon, Escobar y algunos otros oficiales, intimidados con el abandono de los soldados, en cuyo apoyo habian contado, manifestaron sus sentimientos de adhesion á Cortés con no acostumbrado calor; empero conociendo el general la necesidad de prevenir cualquiera tentativa, mandó prenderlos y enviarlos á la armada, cargándoles de cadenas. Calmada quedó la rebelion con esta enérgica y severa medida, y como era inútil el rigor, pocos dias despues fueron los prisioneros puestos en libertad. Portóse Cortés acerca de ellos con la franqueza de un soldado y la cordialidad de un amigo; ofreció conducir á Cuba á los que con él no quisiesen quedarse; rehusaron todos; fué tan completa la reconciliacion, que defendieron despues con gran energía sus intereses y estuvieron siempre adictos á su persona y á su causa.

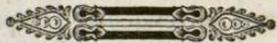
En este entonces, empezaba á hacerse sentir la carestía. Partió Alvarado con un destacamento para procurarse víveres en el interior. Despues de algunos dias de ausencia, vino á anunciar que en todas las poblaciones que acababa de recorrer, habia encontrado provisiones en abundancia, pero que al acercarse él con su gente habian huido los naturales. Vió Alvarado en un templo los cadáveres de muchos hombres que, segun las

apariencias, habian sido inmolados no mucho tiempo habia, porque el cuchillo del sacrificio estaba cubierto de sangre recientemente derramada.

Seguro Cortés de estar proveido de víveres, determinóse á abandonar el campo y adelantarse en el pais. Animóse á llevar á cabo ese proyecto por un acontecimiento tan dichoso en sí mismo, como por la circunstancia en que tuvo lugar. Diaz, el historiador, estando un dia de centinela en un puesto avanzado, vió descender de una colina cinco indios sin armas, que daban señas de paz; acompañóles al campamento y observó que su aire y sus vestidos denotaban ser de una nacion diferente de la mejicana. Doña Marina no pudo comprender muy facilmente su lenguaje; sin embargo pudo coleccionar que eran enviados por el cacique de Zempoala, á fin de invitar á Cortés á que se avistara con él, asegurándole su alianza y amistad.

Semejante embajada podia abrigar siniestras intenciones; era de temer que el cacique, meditando una traicion, convidase á los españoles á que pasasen á su residencia, nó para contratar una alianza, sino para matarlos alevosamente. Hizo Cortés á los enviados una multitud de preguntas, con el objeto de poder descubrir la verdad por medio de sus respuestas; supo que Zempoala era una provincia muy poblada, que el cacique sufría con impaciencia la tirania de Motezuma cuyo vasallo era, y que deseaba unirse con

los extranjeros, á fin de poder librarse de la opresion en que jemia. Conoció vivamente Cortés todas las ventajas que estas disposiciones le prometian; vió reinar la desunion en ese grande imperio y aborrecer al emperador la mayor parte de los habitantes; conjeturó que no se reducirian á una sola provincia las causas del descontento y que en otros lugares encontraria hombres cansados de la sumision, ó deseando un cambio y dispuestos á seguir la bandera del primer libertador que se presentara. Abundando en esas ideas y empezando desde entonces á trazarse un plan que podia ejecutar, cuando le hubiese proporcionado mas datos el exacto conocimiento del estado del pais, recibió muy bien á los zempoales prometiéndoles que no tardaria en ir á visitar á su cacique.



CAPITULO VII.

Sumision de los Zempoales y de algunas otras tribus. — Su alianza con los españoles.

Siendo bajo muchos aspectos muy poco favorable la posicion de Villa Rica, vino á ser indispensable escojer otro punto para establecer el sitio principal de la colonia. Se envió á Montejo para examinar la costa y encontrar un paraje cómodo y seguro. Al volver, manifestó que cerca de cuarenta millas del norte, habia encontrado una poblacion llamada Quiabislan, situada en medio de una tierra fértil, cerca de una ensenada, en donde estarian los navios en completa seguridad. Determinóse Cortés á trasladarse allí y á cumplir la promesa que al cacique de Zempoala habia hecho, puesto que esta provincia se encontraba cabalmente en el camino que á Quiabislan conducia. Al cabo de